

Viña palaciega

Surgidas en medio del auge salitrero y con más ímpetu tras el terremoto de 1906 que destruyó Valparaíso, las residencias señoriales de la Ciudad Jardín conformaron un paisaje arquitectónico único en Chile. Entre la reconversión cultural y la resiliencia ante embates telúricos, los castillos y palacios que sobreviven de esa época gozan en general de buena salud, reconvertidos para diversos usos públicos y privados.

Para comprender el surgimiento de la arquitectura palaciega en Viña del Mar, es necesario remontarse a la década de los 70 del siglo XIX, cuando el sector aún pertenecía a Valparaíso y se extendía como una gran hacienda de la familia Vergara Álvarez, próspera por la bonanza salitrera. Tras independizarse como comuna en 1874 y trazar su planta fundacional, la ciudad comenzó a concebirse no bajo la lógica portuaria y comercial del vecino puerto, sino como un territorio de descanso y balneario para las élites.

Esa vocación se consolidó dramática-

mente tras el devastador terremoto y posterior incendio de 1906, que impulsó un éxodo de familias acomodadas hacia la naciente urbe. En ese marco floreció una arquitectura residencial sin parangón, desplegada entre el plano y las alturas de los cerros pegados a la costa. “Debemos tener en cuenta que Viña no es una ciudad que fue fundada por los españoles ni tampoco creció desde los asentamientos originarios de manera natural. Recién después de separarse del puerto se hicieron trazados fundacionales sobre lo que fue la gran hacienda, los que hoy conocemos por ejemplo, como la población Vergara. A esto se suma que ya para inicios

del siglo XX, las virtudes de los baños de mar eran populares en Chile, por lo que las élites mandaban a diseñar sus segundas viviendas a arquitectos renombrados”, explica Tatiana Jiménez, arquitecta e historiadora estudiosa de la Ciudad Jardín del Departamento de Arquitectura de la USM.

Aquel esplendor dio origen a un catálogo señero. En la Quinta Vergara, el Palacio Vergara (obra de Ettore y Alessandro Petri) emergió en 1910 con sello neogótico veneciano. En el plano urbano, el arquitecto Alfredo Azancot estampó el neoclasicismo en el Palacio Rioja (1912) y en el Palacio Carrasco (1912-1923). La céle-



LA VISTA HACIA EL MAR DESDE EL PALACIO PRESIDENCIAL MIRA OTRO PALACIO VIÑAMARINO: EL CASTILLO WULFF.



EL PALACIO VERGARA ES OBRA DE ETTORE Y ALESSANDRO PETRI.

bre dupla de Arnaldo Barison y Renato Schiavon diseñó en 1916 el Palacio Valle, mientras Petri levantaba en el eje Álvarez el Palacio Ariztía (1925). Hacia el mar y el cerro, la escala mutó a siluetas fortificadas y eclécticas: el Castillo Wulff (1906) erigido sobre las rocas; el Castillo Ross (1912), diseñado por Alberto Cruz Montt al estilo neogótico escocés; el Palacio Astoreca (1923); el sobrio Castillo Brunet (1923); y el Palacio Presidencial Cerro Castillo (1929), manifiesto neocolonial de Luis Browne y Manuel Valenzuela. Todas estas edificaciones siguen hoy en pie, definiendo el carácter de la ciudad.

APORTE A LA CALIDAD URBANA

Con las décadas y las transformaciones sociales, muchas de estas grandes residencias mutaron en museos, sedes universitarias y recintos públicos. El Palacio Valle alberga hoy al Instituto de Historia PUCV; el Ariztía al Instituto Culinary; el Castillo Ross al Club Unión Árabe y el Castillo Brunet pertenece a Carabineros de Chile.

Desde la restauración patrimonial que

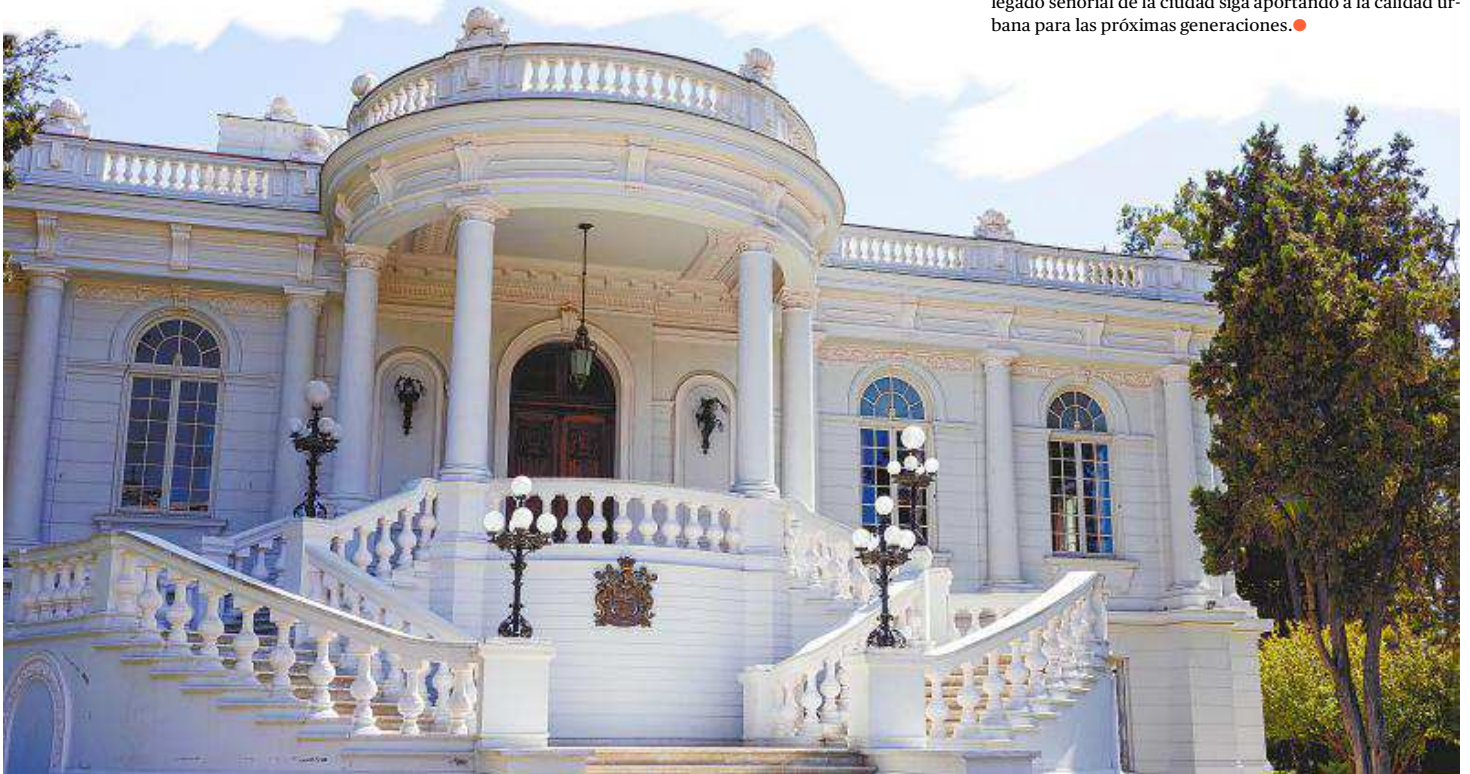


EN VIÑA DEL MAR DESTACA EL ESFUERZO DEL MUNICIPIO POR CUIDAR LOS PALACIOS Y SUS EXHIBICIONES.

nos toca como país sísmico, Jiménez advierte un éxito real aunque cíclico: “El Palacio Rioja sufrió severos daños en 1985 y volvió a ser afectado en 2010, siendo reinaugurado en 2016 tras una excelente restauración. El Carrasco y el Vergara tuvieron trayectorias similares, con cierres y restauraciones sucesivas”. Para la académica, el desafío crucial es evitar que estos recintos se transformen en piezas congeladas: “Un ejemplo positivo es el Palacio Rioja, que destaca por su versatilidad: es museo de artes decorativas, centro cultural, cafetería y parque gratuito, evidenciando cómo la restauración puede reinventarse y adaptarse a la comunidad”.

Más allá de las mermas por los sismos y la presión inmobiliaria, la especialista señala que la pérdida más dolorosa ha sido el tejido residencial de chalets y quintas en los ejes Libertad y Álvarez-Viana. Frente a ello, los jardines que rodean los palacios que allí van quedando ofrecen una oportunidad para implementar microparques urbanos accesibles a toda la ciudadanía, como ocurre en el palacio Rioja, y recuperar así la vocación de ciudad jardín.

Al mirar hacia el futuro, la conservación de estas monumentales edificaciones exige mucho más que decretos de protección. Requiere mantenerlas habitadas, abiertas y plenamente integradas a la vida cotidiana, garantizando que el legado señorial de la ciudad siga aportando a la calidad urbana para las próximas generaciones. ●



PALACIO RIOJA.